

ELOGIOS ACADEMICOS

Fred Houdlett Albee *

13-IV-1876 - 15-II-1945

Por el Dr. JUAN FARILL,
Académico de número

Considero un honor tan alto como inmerecido el que me ha conferido el Maestro Alfonso Pruneda, Secretario Perpetuo de esta Academia Nacional de Medicina, al invitarme para hacer el elogio de nuestro socio honorario, el Dr. Federico Houdlett Albee, con motivo de su fallecimiento.

Tuve ocasión de conocerlo al visitar su servicio en el Post-Graduate Hospital de Nueva York en 1932. A primera vista se mostraba cual era: hombre dinámico y caballeroso, y cirujano de excepcionales cualidades. Poseía una personalidad asombrosa que cautivaba y dominaba a la vez. Aceptaba los moldes mientras no lo comprimían o no le estorbaban en sus ideales, en sus planes o en sus convicciones.

De gran inteligencia inventiva, hizo posible el desenvolvimiento de la cirugía de los huesos y articulaciones, aplicando a ella los principios que vió a su padre poner en práctica en el injerto de árboles, y adaptando los ejercicios de carpintería de su niñez. Poseía una habilidad manual extraordinaria: en unos cuantos minutos hacía operaciones complicadas y difíciles en las que al final se contemplaba el trabajo de ensamble digno de un orfebre.

Inventó la sierra eléctrica a cuyo motor acoplaba variados instrumentos con el objeto de cortar, perforar y conformar el tejido huesoso, según sus necesidades. Inventó asimismo la mesa ortopédica que hizo posible la tracción de los miembros afectados en el momento quirúrgico, y la colocación de aparatos de yeso.

El y Hibbs en 1911 fueron los primeros en proclamar la fusión vertebral para el tratamiento del mal de Pott por medio de operaciones osteoplásticas, describiendo a la vez cada uno su técnica. Hasta la fecha, la aplicación del injerto huesoso autógeno aplicado

* Leído en la sesión del 11 de julio de 1945.

entre las apófisis espinosas es quizá la operación más ampliamente conocida y ejecutada entre las que inventó Albee. El reposo en cama y la inmovilización externa demostraron su insuficiencia para curar definitivamente la tuberculosis osteo-articular; en contra de todas las ideas profundamente arraigadas, ambos autores lucharon valientemente, dividiéndose las escuelas entre los intervencionistas y los conservadores. El tiempo ha dado la razón a cada uno; en la actualidad, los dos métodos se complementan usándose la fusión vertebral como el medio óptimo de inmovilizar el foco tuberculoso, base de su curación. En sus técnicas no sólo pugnaban por la artrodesis vertebral, sino por la cicatrización de la lesión, facilitando la osteogénesis y mejorando la circulación.

Más tarde la misma operación fué empleada para tratar fracturas, luxaciones y deformaciones de la columna vertebral, con el éxito que muestra la práctica actual.

En 1909 Albee fué el primero que recomendó la artrodesis para el tratamiento de las osteo-artritis, procedimiento que hasta la fecha es el más seguro para eliminar el dolor y estabilizar las articulaciones.

Conociendo a fondo las necesidades mecánicas de nuestro organismo y las posibilidades quirúrgicas, inventó numerosos procedimientos operatorios, siendo el cirujano que ha dado la mayor contribución en técnicas de transplantes huesosos.

Su última intervención fué la destinada a dar una palanca mayor a los músculos de la cadera, en la reconstrucción de esta articulación.

Como maestro, no escatimó nunca su esfuerzo ni su tiempo para difundir sus enseñanzas ni para ayudar a aquellos que querían aprender.

Viajero incansable, su figura era familiar en las convenciones científicas de todo el mundo, aprovechando sus viajes para enseñar a cirujanos que le manifestaban sus dudas.

Profesionalmente su carrera fué una sucesión de éxitos, contando entre su clientela pacientes de todo el mundo que hacían viajes ex profeso para ponerse en sus manos.

Fué el fundador de la Sociedad Internacional de Cirugía Ortopédica. Fué miembro activo del American College of Surgeons, de la American Medical Association, de la American Orthopedic As-

sociation, de la American Academy of Orthopedic Surgeons, de la Pan American Medical Association, del Colegio Internacional de Cirujanos y de muchas otras asociaciones científicas, siendo un trabajador incansable.

En la Universidad de Columbia fué profesor y director del Departamento de Cirugía Ortopédica en su Escuela de Post-graduados de Nueva York; fué también profesor honorario de la Universidad de Lima, Perú, y del Colegio de Médicos Cirujanos de Atlanta, Georgia.

El Dr. Albee era miembro del Consejo Consultivo en Ortopedia del Cirujano General del Ejército Americano. Fué consultante en su especialidad de numerosos hospitales, en el Servicio Médico del Ferrocarril de Pennsylvania y de varias vías aéreas. Desempeñó el mismo puesto en la expedición de Byrd al Antártico.

Recibió innumerables distinciones, y nombramientos honorarios de otros países, entre los que se cuenta el de miembro honorario de esta Academia.

Su labor social es digna de particular mención. En el puesto de coronel de las Reservas Médicas del Ejército Americano fué director del Hospital General número 3 en Colonia, Nueva Jersey, durante la primera guerra mundial, e hizo de esa institución el primer centro de rehabilitación, que fué el ejemplo para la fundación de los actuales. Sus ideas han servido fundamentalmente en la legislación y trabajos de rehabilitación de los lisiados, tema sobre el que manifestó siempre un interés enorme tanto científico, como humanitario y social.

El Dr. Albee, jovial y fino, fué un caballero digno de toda estimación. Como compañero fué ajeno a la roedora y venenosa murmuración, no permitiendo que en su presencia se manchase la reputación de un cirujano. En sus discusiones científicas defendía sus ideas con pasión; pero, de amplio criterio, reconocía la razón y las conducía caballerosamente.

Murió cuando tenía 68 años de edad, mas habiendo vivido una vida de lucha constante y enérgica legó a la ciencia y a la humanidad un tesoro. Nació en Alna, Maine, el 13 de abril de 1876. Hizo sus estudios en la Universidad de Harvard, graduándose en 1903. De allí en adelante el mundo fué su escuela. Estando ya enfermo

comprendió todavía un viaje a la América del Sur con fines científicos.

Lo vi aún en enero de 1944. Se celebraba la Convención de la American Academy of Orthopedic Surgeons en Chicago y al pasar por el "lobby" del hotel advertí en el centro de él su presencia, de pie, con su esposa. Lo saludé y noté su cansancio y su desmejoramiento. Estaba contrariado por no poder disponer de habitación hasta la noche. Les cedí la mía con gusto. Noté en aquella ocasión que su fin no estaba lejos; pero no se dejaba vencer. Luchaba y estaba en esta brega de la medicina, al pie del cañón, con sus compañeros, hasta el último momento.

Su pérdida es irreparable. La Academia Nacional de Medicina se enluta con el fallecimiento de este miembro de tantas cualidades y que tanto hizo por la ciencia y por los hombres.

Su contribución a la ciencia se revela por la cantidad y calidad de trabajos realizados y publicados y por el empleo mundial de sus técnicas. Escribió los tratados siguientes: "Bone Graft Surgery" en 1915; "Orthopaedic and Reconstructional Surgery" en 1919; "Injuries and Diseases of the Hip" en 1937; "Bone Graft Surgery in Diseases, Injury and Deformity" en 1940. Más tarde escribió su biografía en el libro "La Lucha de un Cirujano para Reconstruir al Hombre"; y está por ver la luz su obra póstuma.

Caso asombroso de inteligencia, bondad y dinamismo el de este gran cirujano, cuyas técnicas lo hacen vivir en las mentes de sus colegas y en el corazón de aquellos que recibieron su beneficio.

Y así como continuamente estamos viendo que la mayor parte de la humanidad se sobrevive, en el Dr. Albee vemos cómo se immortaliza y aún después de su muerte gozamos de ver una obra que, hecha por él, no pudo ver publicada.

Es ejemplar la vida de un hombre así, que piensa y lucha por mejorarse y mejorar a los demás con la energía propia de los 18 años de un luchador. Es ejemplar, digo, y es asombrosa en este mundo de conveniencias, de abulia y de irresponsabilidad donde a menudo los adolescentes llevan un alma provecta de 100 años.

Albee era muy rico y no necesitaba trabajar para vivir. Luchaba por luchar, y así fué hasta el último. Con él vale repetir la frase aquella de "prefiero morir por el desgaste y no por la herrumbre". Por eso se lamenta la muerte de quien tiene un espíritu

joven y el cuerpo se le acaba. No tiene nada de extraordinario morir cuando el alma ha dejado de existir hace tiempo, que es lo usual; y es así como sentimos que nos deje quien tiene un corazón lleno de entusiasmo, pues juzgamos de la vejez no por los años que puedan faltar de vida al cuerpo, sino por los ideales y las ansias que se lleven en el alma.

Murió Albee en la cumbre, cuando debía morir, cuando hacía falta. Sentimos que nos haya dejado; pero para quienes fuimos sus amigos, sus enseñanzas lo harán convivir nuestra existencia. Hubiera sido tristísimo verlo inválido y viejo, arrastrando su muerte en vida.

El mejor elogio sobre la muerte de Fred H. Albee es decir:
¡Fred H. Albee no ha muerto!